

**JUSTICIA Y PAZ**  
**DIOCESIS DE LOMAS DE ZAMORA**

**El Jubileo: camino de justicia y paz**

Queridos hermanos y hermanas:

El Jubileo es siempre un tiempo de gracia, un año santo en el que la Iglesia nos invita a volver el corazón a Dios, a renovar nuestra vida y a abrirnos a la misericordia. Pero también, como bien nos recordó el Papa Francisco, es un tiempo profundamente social: un tiempo de justicia, de perdón y de construcción de la paz. Desde su raíz bíblica, **el Jubileo es una llamada a restablecer la equidad**: se perdonaban las deudas, se devolvían las tierras a sus dueños originales, se liberaban a los esclavos. Era, en esencia, un tiempo para restaurar las relaciones rotas y recordar que todos somos hermanos y que la tierra, la vida y los bienes pertenecen en última instancia a Dios. Era, y sigue siendo, un grito profético de justicia.

El papa Francisco, al convocar el Jubileo 2025 bajo el lema "Peregrinos de esperanza", nos animó a mirar el futuro con una esperanza activa, comprometida, no pasiva y de ese mismo modo iniciamos en nuestra diócesis este tiempo jubilar, sabiendo que esa esperanza se construye día a día cuando optamos por el camino de la justicia y la paz.

Hoy, el mundo clama por justicia: justicia para los pobres, para los migrantes, para los que sufren guerras y violencia, para los que han sido olvidados. Y también clama por paz: una paz que no se impone por la fuerza, sino que brota del corazón reconciliado, del perdón sincero, del encuentro entre hermanos. Celebrar el Jubileo es entonces mucho más que cruzar una Puerta Santa o participar en actos litúrgicos: **es dejarnos transformar por la misericordia de Dios para convertirnos nosotros mismos en instrumentos de su justicia y de su paz**. Es salir de nosotros mismos para ir al encuentro del otro, especialmente del que más lo necesita. La justicia y la paz no son metas lejanas, sino frutos del amor vivido con radicalidad. Como nos enseña el Evangelio, "bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia... bienaventurados los que trabajan por la paz" (Mt 5,6.9). El Jubileo es un tiempo para vivir estas bienaventuranzas con más fuerza, con más entrega, con más fe.

Recordemos junto al papa Francisco que estos dos valores —la justicia y la paz— están en el centro del Evangelio y del proyecto de Dios para la humanidad. La paz verdadera no es solo la ausencia de conflictos, ni la simple tranquilidad exterior. Para Francisco la paz nace del corazón, de un corazón reconciliado con Dios, consigo mismo y con los demás. Y esa paz solo es posible cuando hay justicia: cuando reconocemos la dignidad de cada persona, cuando tendemos la mano al pobre, cuando escuchamos al que sufre, y cuando cuidamos con amor nuestra casa común, el planeta.

En su encíclica *Fratelli tutti*, nos habla de la fraternidad como camino, como base y como método. Nos invita a mirar al otro no como un extraño, ni como un competidor, sino como un hermano. Esta es la justicia que Dios sueña: no una justicia fría o legalista, sino una justicia que nace del amor y que se encarna en gestos concretos de solidaridad, de perdón y de cercanía.

Es necesario recordar siempre que la paz es el fruto de la justicia y que no puede haber justicia sin equidad social, sin justicia social. Estamos atravesados en nuestro tiempo y en nuestra patria por años de crecimiento de la desigualdad, de aumento del narcotráfico como herida abierta en nuestro pueblo, en especial en los sectores más vulnerables con una coyuntura que solo aumenta los riesgos con el corrimiento del Estado de obligaciones básicas.

Francisco nos enseñó que, para construir la paz, son esenciales la verdad, la justicia y la misericordia. La paz es un trabajo paciente que busca la verdad y la justicia, que honra la memoria de las víctimas y que se abre, paso a paso, a una esperanza común, más fuerte que la venganza. Y está vinculada a la misericordia. Las tres juntas son esenciales para construir la paz". De ese modo, podremos construir la paz, no como una mera ausencia de conflicto, sino como una obra de justicia (Is 32,17), fruto del diálogo, del respeto a la dignidad de cada persona, y del compromiso de todos —gobernantes, empresarios, trabajadores, educadores, comunidades religiosas— en la construcción de un país más fraterno, más inclusivo, más igualitario. La paz es un valor colectivo que debe ser construido en comunidad.

Más que nunca en este año jubilar, **no podemos ni debemos permanecer indiferentes, estamos convocados a ser protagonistas**, a ser una

Iglesia en salida, que escuche el grito de los pobres, de los que quedan sin trabajo o se encuentran en situación de calle, y trabaje incansablemente por el bien común. Por eso debemos todos asumir un compromiso activo por la reconciliación social, el cuidado de los más vulnerables y el fortalecimiento de las instituciones democráticas. La paz también debe ser el resultado de respetar la soberanía de los pueblos.

El profundo magisterio de Francisco nos dejó dos directrices fundamentales para la construcción de estos desafíos. Desde *Laudato Si'*, Francisco nos llamó a una conversión ecológica, que no se limita al cuidado de la naturaleza, sino que implica una transformación profunda de nuestro modo de relacionarnos con Dios, con los demás y con la creación. Allí nos dice con claridad: "La crisis ecológica es un llamado a una profunda conversión interior" (LS 217). Esta conversión nos impulsa a buscar la justicia ecológica y social, al entender que esta casa común clama por el daño que le provocamos a causa del uso irresponsable y del abuso de los bienes que Dios ha puesto en ella, destacando que esa crisis tiene una raíz profundamente humana. De la mano del desarrollo tecnológico, la humanidad ha generado un modelo económico de producción de bienes y servicios que produjo gravísimas consecuencias sociales con el aumento de la desigualdad y una muy dispar distribución de la riqueza.

Este tiempo de aumento de la desigualdad se ve agravado por un peligroso entorno de crecimiento de discursos de odio y descalificaciones, estigmatización de personas o sectores sociales, de incitación a la violencia, especialmente en las redes sociales, en el discurso político y en algunos medios de comunicación. Estas actitudes no solo hieren la convivencia democrática, sino que atentan centralmente contra la construcción de la paz. Por ello, debemos superar "el virus del individualismo radical" y la lógica del enemigo; redescubrir la amistad social, practicar el diálogo paciente y honesto, y comprometernos en la construcción del bien común, sin dejar a nadie atrás.

Como comunidad cristiana, estamos llamados a ser sembradores de paz y constructores de justicia. La justicia que este tiempo reclama, exige diálogo, inclusión, reparación del daño, y sobre todo, misericordia. Solo a partir de ella podemos construir una paz duradera, no una paz impuesta, sino nacida del amor y del respeto mutuo.

Que este Jubileo nos impulse a caminar en esperanza y con valentía hacia un mundo más fraterno, donde nadie quede excluido, donde nos sentimos cobijados por la presencia cariñosa de María, Nuestra Señora de la Paz, que nos cubre con su manto.